



eln

Nada suele ser más presente que lo que no está. La ausencia tiene esa costumbre, esa vocación, esa persistencia de hablar con un silencio más poderoso que cualquier grito. De igual manera que un susurro asusta más que el trueno, lo que nos termina aterrorizando o poniendo en alerta suele ser un pequeño ruido en el patio que no terminamos de estar seguros si escuchamos o inventamos. Un leve crujido, un temblor de hojas, un viento que viene de otro lado. Con la vida en general a veces sucede lo mismo. A medida que transcurre el tiempo, cada vez hay menos. No solamente menos tiempo, convivimos con menos de todo. Vamos descartando, eliminando, afinando el paladar, quedándonos con menos cosas que nos alimentan a través de los años. También porque en ocasiones esas cosas en cuestión van desapareciendo. Las personas cercanas se mueren, los amores se desenamorán, el lugar donde encontrábamos inspiración o nos hacía ilusión habla en voz cada vez más baja, o bien ya no dice más nada. Nuestro proceso de selección se vuelve cada vez más austero, más riguroso, más personal, aunque no siempre más hermético. En la obra actual que Elba Bairon (La Paz, Bolivia, 1947 / Montevideo / Buenos Aires) proyectó y realizó para la exposición en el espacio de Walden Naturae en Garzón, esa reducción solamente lo es en apariencia. Pues es cierto que no hay tantos elementos como en otras propuestas suyas anteriores, donde podían encontrarse referencias sublimadas a formas de animales, frutos, piedras, alimentos, secciones del cuerpo y demás, pero en este decantamiento de su repertorio formal surgen por elevación otras voces, que el espectador no siempre espera, y se quedan allí a su lado, como una callada amenaza de algo que no sabes bien si va a atacarte en un momento de descuido o quedará dormido al lado, más sorprendido que tú. Lo que parece silencioso, está lleno de murmullo. Lo que parece tranquilo y quieto, es inquietante o te moviliza desde un lugar extraño sin que sepas bien la razón o el porqué. Y es allí donde aparece el bienvenido misterio. La estilización de viejos elementos de su vocabulario juega con la arquitectura preexistente y alguien por momentos podría dudar si lo que descansa en el césped es parte de la estructura edilicia que finalmente no fue usada, porque dialoga de tal manera que simplemente no fue montada y quedó allí, descansando, hasta que en algún momento la irán a retirar, pero tampoco eso está claro pues quizá termine siendo algo añadido a la hilera de ventanas regularmente dispuestas sobre la fachada.

La construcción de elementos despojados de todo ornamento y color, en su monocromía y aparente hermetismo, desafía nuestra percepción de la arquitectura y el entorno, así como del espacio en general, dentro y fuera de la sala. Bairon transforma los elementos escultóricos de manera tal que no siempre reconoces la dirección de su proceso. Ignoras si se están disolviendo, a punto de esfumarse, borrándose lentamente del paisaje hasta convertirse en un recuerdo, o por el contrario se encuentran emergiendo desde otro sitio, en plena transformación mutante. Si bien los objetos mantienen su carácter abstracto, el tratamiento de formas y calidad de materiales hace posible el vaivén de referencia entre lo orgánico y natural, hacia la vereda de enfrente aséptica y silente, en un movimiento pendular de contrastes y semejanzas más cercano al silencioso caos, que a una tranquila certeza pacificadora. Solamente hay que entregarse a esa espera reflexiva para que su rigor formal y sensual delicadeza aplicada a elementos que en primera instancia lucen neutros, amputados de cualquier exceso o información accesorio, terminen asaltándote de manera inexplicable, y ya no puedas quedarte tranquilo en el salón o el jardín. Esa resistencia a la explicación o los motivos de la inquietud que te asalta cuando no te has dado cuenta, quizá sea el vínculo más próximo a la poesía, que posee similares reglas insondables en su definición. Donde si quieres explicar o abordarlo intelectualmente, el sentido se te escapa y se transforma en aire, en vuelo, en nada. En cambio si te entregas a ese territorio más cercano a la metafísica que a la racionalidad, de pronto puedes sentir la elegancia de una curva, la amable voz de un material, la persistencia de una superficie recta que no va a cambiar por más que insistan a su alrededor. Se ha quedado quieta como tú, en simétrica mimesis, copiándote los gestos, que ahora han comenzado a hablar en otro idioma. Un idioma que hasta hace un rato desconocías por completo y ahora entiendes cada palabra. Es ahí, en ese preciso momento, donde te das cuenta que nadie te habla. Lo que escuchas viene de otro lugar, de un universo distante, del jardín de al lado. Esa atmósfera inquietante que susurra de lo irreal no viene de afuera, sino de adentro. Es un espejo interior que muestra lo que ignorábamos tener allá atrás, debajo, al costado, encima, tan cerca y tan lejos.

ELBA BAIRON  
(Bolivia, 1947)

Se radicó en Buenos Aires en 1967. Se formó en dibujo, pintura china, grabado y litografía. Durante los años ochenta realizó ilustraciones para los libros del dramaturgo Emeterio Cerro y vestuarios para sus obras teatrales.

A mediados de la década del noventa comenzó a trabajar en volumen, relieves y piezas escultóricas en yeso y pasta de papel presentadas en instalaciones.

Expuso en la Galería del Centro Cultural Rojas, ámbito emblemático de los años noventa, y en otros espacios de arte contemporáneo y museos nacionales, entre ellos el Museo Nacional de Bellas Artes, el Museo MALBA, el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, el MAC de Rosario, y el Museo de Bellas Artes de Bahía Blanca. Participó en ferias y exposiciones internacionales como Art Basel, Suiza; Arco Madrid, España; Centro Cultural Cándido Méndez, Río de Janeiro, Brasil; Instituto Ítalo Latinoamericano, Roma, Italia; Museo Parque de las Esculturas, Santiago, Chile; Galería Nube, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia; y la 33° Bienal de San Pablo. En 2012 recibió el Gran Premio Nuevos Soportes e Instalación del Salón Nacional, Argentina y el primer premio Federico J. Klemm a las Artes Visuales. Sus obras integran colecciones particulares y museos de Buenos Aires y otras ciudades del país.

Vive y trabaja en Buenos Aires.

FIDEL SCLAVO  
(Uruguay, 1960)

Estudió Dibujo, Pintura y Grabado en la Facultad de Arquitectura en Montevideo; Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Católica del Uruguay; y con Milton Glaser en la School of Visual Arts de Nueva York.

Sus obras forman parte de colecciones como Phelps Cisneros, Sayago & Pardon, Abstraction in Action, así como de colecciones privadas de Nueva York, Chicago, Los Angeles, México, Madrid, Barcelona, París, Viena, Berlín, Río de Janeiro, Lima, Montevideo y Buenos Aires.

Tiene varios libros publicados, entre los que se destacan *Yo soy el que no está*, *El elefante y la hormiga* (Segundo Premio Nacional de Literatura, Ministerio de Educación y Cultura, Uruguay), *Zurcidor*, *Vámonos de aquí*, *Los amigos imaginarios* (Premio Bartolomé Hidalgo, Montevideo), *Lo que vive en ti*, *La mujer que hablaba con los peces*, *Un señor muy recto y una señora con curvas*, *Todos queremos a alguien*, *Qué ves cuando me ves*, *Arriba/abajo*, *Un lobo*, *Servilletas de Papel*, *Historias que quedan en nada*, *El huevo Redondo*. También publicó varios libros en colaboración con otros escritores, como María Negroni, Mario Delgado Aparain, Henry Trujillo, Ildefonso Pereda Valdés y Cecilia Bonino. Vive y trabaja en Buenos Aires.